

Uno

De noche, cuando a Jody le costaba dormir, Wayne —con ese aire furtivo suyo— parecía andar siempre entre las sombras, su voz suave una insinuación susurrada por la brisa. Hacía años que se habían divorciado, y con la excepción de algunas charlas telefónicas periódicas para discutir las visitas de Will a Florida, Jody no tenía con él contacto alguno. Su imagen se había vuelto borrosa. No estaba demasiado segura de si su mirada parecía más intensa con gafas o con lentillas. Recordaba que era alto, pero no recordaba lo que sentía cuando estaba a su lado, y mucho menos cuando él la abrazaba. Recordaba de qué colores eran las camisas de cuadros que llevaba en invierno, pero no si las llevaba por dentro o por fuera de los pantalones. El único recuerdo que conservaba con absoluta nitidez —despierta o todas las veces que lo había soñado— era el del día en que se casaron. Fueron a un juez de paz. El hermano de Wayne y una amiga de Jody con la que desde entonces había perdido el contacto fueron los únicos testigos. Después de la ceremonia, ella y Wayne salieron por la puerta agarrados de la cintura y echaron una carrera hasta el coche, felices (el hermano de Wayne se les había adelantado y se las había apañado para abrir la puerta del coche con una

14 ANN BEATTIE

reverencia, como si estuviera abriendo la puerta de una carroza dorada). Durante un instante fugaz ella bajó la vista hasta el lugar en que los dedos de Wayne se curvaban alrededor de su cintura y, de repente, vio su futuro clarísimo, como si estuviera mirando una bola de cristal. Los dedos de Wayne estaban colocados a la perfección, pero enseguida te dabas cuenta de lo difícil que resultaba sentirlos: o lo que tocaban era efímero, o era el tacto de Wayne el que le confería esa cualidad. Al cabo de tantos años, Jody seguía preguntándose cuál de sus dos suposiciones sería la correcta. Pero fue entonces, en ese preciso instante, cuando se dio cuenta de que iba a escurrirse entre los dedos de Wayne.

Cuando se casaron sólo hacía pocos meses que se conocían, meses durante los cuales se entregaron a una actividad tan frenética que, antes incluso de que le propusiera matrimonio, Jody ya pensaba que estaban destinados a casarse desde el primer día. Sus miradas se cruzaron mientras andaban por una calle abarrotada. Pasaron el uno al lado del otro; él había quedado unos pocos pasos atrás cuando a ella se le rompió el tacón. Había estado mirándola con la cabeza vuelta —echándole el mal de ojo, pensaba Jody ahora—, y cuando ella se detuvo para quitarse el zapato, lo que hizo fue detenerse muchos años, años en los que se iría a vivir al campo, se casaría y tendría al hijo de Wayne. Ese tacón de cuero pequeño y estrecho que sostenía era la cola de la que se desprende una lagartija atrapada.

Tendría que haberlo visto venir —la intimidación, las bravuconadas—, pero la intimidación siempre llegaba acompañada de una coerción encantadora (tantas flores que él no podía permitirse...), y las bravuconadas las había tomado, por aquel entonces, por auténtica pasión. Wayne siempre había estado a punto de construirse una vida, una

vida para él y para ella. Le había pedido dinero prestado a su hermano para ir a la universidad y había colgado los estudios. Despotricaba contra la vida en la ciudad, contra todo: desde las grietas en la acera en las que quedaban enganchados los tacones hasta los trapicheos políticos que determinaban la idiosincrasia urbana. Para Wayne, las gárgolas de escayola en los edificios eran aves de mal agüero, mientras que los sonidos nocturnos del campo eran la música de las esferas. Vivían en una casita minúscula en una granja donde ella cuidaba de los caballos y él leía libros. No es que quisiera ampliar horizontes, como solía decir él: leía para reforzar los límites de sus convicciones. Algún día, sostenía Wayne, su brillantez alumbraría el mundo, pero entre tanto se ganaba la vida arreglando lámparas y trabajando de chico para todo en la granja. Y ella pasó un tiempo embelesada con él y con esa vida. Sin saber mucho de él —sin saber siquiera, hasta que solicitaron la licencia de matrimonio, que había estado casado; sin pararse a pensar en lo extraño que era que él no tuviera amigos y en lo desconcertado que se había quedado su hermano cuando Wayne le pidió que fuera a su boda; sin saber más que lo que veía en los ojos de Wayne y lo que sentía cuando él tocaba su cuerpo— estuvo dispuesta a dejar atrás amigos preocupados, a pelearse con sus padres hasta que dejó de hablarles y a dudar de su propia ambición. Aunque haber caído bajo su hechizo le parecía ahora imposible, seguía escarmentada por la experiencia. Seguía tan trastornada como para deambular por la casa durante la noche, inspeccionándolo todo cual dama atribulada, para asegurarse de que las cartas de amor que había hecho pedazos no habían reaparecido como folios intactos, de que las rosas no habían echado raíces para volver a florecer en el fondo de la basura.

16 ANN BEATTIE

Wayne se marchó sin dejar una nota cuando las rosas que le había regalado a Jody empezaban a marchitarse. El llanto de Will la despertó una mañana en una casa que sentía profundamente vacía. No lograba convencerse de que él había salido a apilar heno para los caballos ni de que había desistido de sus intentos por reparar el coche y lo había llevado al garaje de Smoky. Los caballos parecían tranquilos y faltaba el coche, y sobre la mesa de al lado de la puerta descansaba la llave de casa de Matthew. Afuera amanecía. Y ella llevaba a Will en brazos; Will, que olía al sueño de la noche: esa mezcla de pañal húmedo y champú Johnson's para bebés y sudor y talco que, durante muchos años, Jody creyó que nunca conseguiría sacarse de los pulmones. Se había quedado allí, al lado de la puerta cerrada, como si la puerta fuera transparente y pudiera mirar hacia fuera y ver, a lo lejos, el coche de Wayne. Porque antes incluso de ver la llave en la mesa, Jody sabía que se había ido. Se había ido, y a finales de mes ella y Will también se habrían ido con el dinero que le había pedido prestado a su padre, que le había escrito una nota tan afectuosa que, antes de terminar de leerla, Jody la arrugó y la tiró. La mujer del jardinero había dejado una cesta de picnic — ¡como si fueran a pasar un agradable día en el campo! — en el asiento de atrás de un viejo Buick que había comprado con el dinero de su padre. Condujo hacia el sur durante una hora y pasó las dos semanas siguientes en Charlottesville, en casa de una amiga; era una casa milagrosamente vacía, pues la amiga la había puesto en venta y estaba de camino a Nueva Orleans para reunirse con su novio. Creer que la fotografía y la buena suerte la habían salvado era mentira, pero todavía le resultaba demasiado doloroso pensar que la clave estaba en la modesta cuenta de ahorros de su padre o, incluso, que la generosidad de su amiga — no sólo le había

dejado la casa, sino también unos amigos a quienes les había pedido que llamaran a Jody (uno de aquellos amigos la había invitado a la fiesta en la que conoció a Mel) —había frustrado los planes de Wayne para arruinarle la vida.

Ahora vivía con su hijo —el hijo de los dos— en la misma ciudad sureña hasta la que había conducido casi al azar, y de dependienta de una tienda de cámaras fotográficas se había convertido en una fotógrafa de bodas muy solicitada. A menudo, cuando rondaba por la casa de noche con el consuelo de una copa en la mano, caminando sin hacer ruido, descalza para no despertar a Will, se sentía hipnotizada por aquello que había creado. No es que su creación resultara especialmente adorable ni representativa de quién era ella, pero existía, al fin y al cabo: los trípodes y las luces estroboscópicas, el comedor transformado en un estudio fotográfico. Solía andar a tientas por la habitación oscura: los ganchos al lado de la chimenea de los que había colgado vestidos de novia antiguos y sombreros de paja; la repisa sobre la que los objetivos reposaban en fila como soldados; la vitrina rinconera, con sus cámaras dentro y el fotómetro colgando del pestillo frontal; el asiento del alféizar que Duncan había ampliado para que ella pudiera bajar la cortina de terciopelo color marfil y fotografiar a las futuras novias graciosamente sentadas en la pequeña hornacina; la silla que había comprado en la tienda del Ejército de Salvación y que había vuelto a tapizar (las sillas modernas no tenían esos asientos tan anchos) para sus fotografías, para que el novio y la novia pudieran sentarse sin parecer un ventrílocuo y su muñeco. Cuando el día terminaba, ¿apagarían los médicos los fluorescentes de sus consultas y pasarían la mano sobre los estetoscopios y los depresores y las jeringas, y se sentirían desconcertados ante lo remoto de aquellos objetos fríos y aquellos envases de plástico?